

## **Testimonio inédito. Rafael Maroto: días y noches de guerra y amor**

*Unpublished Testimony. Rafael Maroto: Days and Nights of War and Love*

**Recibido:** 10 de septiembre de 2025

**Aceptado:** 2 de diciembre de 2025

**Autor:** Ms.C. Javier Larraín\*

**Resumen:** El sacerdote Rafael Maroto afirmaba: «el cristiano y el no cristiano, el creyente o el ateo, que quiere contribuir a la construcción de la nueva sociedad igualitaria, sin clases, tiene que reconocer su puesto de combate junto al oprimido». Tenía a su haber un larguísimo apostolado de luchas y su historial se completó con su incorporación al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Aquí presentamos un testimonio inédito suyo, donde trata aspectos autobiográficos, interrogatorios en los centros penitenciarios, reflexiones sobre la relación cristianismo y marxismo, sobre el proletariado chileno y la experiencia de la Unidad Popular.

**Abstract:** Priest Rafael Maroto stated: «The Christian and the non-Christian, the believer or the atheist, who wants to contribute to the construction of the new egalitarian, classless society, must recognize

---

\* Ms.C. Javier Larraín (1984). Email: [jalarrainp@gmail.com](mailto:jalarrainp@gmail.com). Profesor de Historia y Geografía. ORCID: 0009-0002-5693-5086.

their place of struggle alongside the oppressed». He had a very long history of activism, and his record was completed with his joining the Revolutionary Left Movement (MIR). Here we present an unpublished testimony from Maroto in which he discusses autobiographical aspects, interrogations in prison centers, reflections on the relationship between Christianity and Marxism, on the Chilean proletariat, and the experience of the Popular Unity.

**Palabras clave:** cristianismo, marxismo, mirismo, proletariado, Unidad Popular.

**Keywords:** christianity, marxism, mirism, Popular Unity, proletariat.

*Se puede ser marxista sin dejar de ser cristiano y trabajar unido con el comunista marxista para transformar el mundo. Lo importante es que en ambos casos se trate de sinceros revolucionarios dispuestos a suprimir la explotación del hombre por el hombre y a luchar por la distribución justa de la riqueza social, la igualdad, la fraternidad y la dignidad de todos los seres humanos, es decir, ser portadores de la conciencia política, económica y social más avanzada, aunque se parta, en el caso de los cristianos, de una concepción religiosa.*

Fidel Castro

Fue el martes 8 de febrero de 1983 cuando el sacerdote Rafael Maroto (1913-1993) dio punto final a su brevísimo, pero profundo artículo titulado «Amor-odio»,<sup>1</sup> en el cual concluía: «El cristiano y el no cristiano, el creyente o el ateo, que quiere contribuir a la construcción de la nueva sociedad igualitaria, sin clases, tiene que reconocer su puesto de combate junto al oprimido».

Para esa fecha, el religioso tenía a su haber un larguísimo apostolado iniciado casi cuatro décadas antes y que lo llevó a vivir en las primeras

tomas de terreno de la capital chilena, donde se destacó como fundador de la Parroquia San Cayetano de la población La Legua —donde participó en la creación de Comités de Pobladores, la Junta de Vecinos, el Consejo de Centros Familiar, auspició la Juventud Obrera Cristiana, las Brigadas de Exploradores para la dispersión de niños y adolescentes, el Cuerpo de Bomberos, la Agrupación Femenina, una Cooperativa de Ahorros—; fue director de la Escuela Sindical y de Cooperativas de la agrupación obrera cristiana Acción Sindical Chilena (Asich), creada por San Alberto Hurtado SJ, el 13 de junio de 1947; participó del experimento de curas obreros Grupo de Calama, dirigido por el sacerdote y teólogo holandés Juan Caminada, devenido luego del golpe de Estado de 1973 en el Equipo Misión Obrera (EMO) —ocupado, entre otras actividades, de operativos para conseguir la entrada de perseguidos políticos en embajadas a fin de resguardar sus vidas. A la par de otros tantísimos cargos en la curia y acciones en el mundo popular cristiano.

El historial se completaba con su adscripción al MIR, del que para entonces era miembro de su Comité Central y vocero público, además de una figura entrañable, transversal e infatigable en su lucha por la unidad de una militancia roja y negra que más pronto que tarde padecería el cáncer de la división.

Maroto también dedicó buena parte de su tiempo al trabajo intelectual, a pensar la historia de Chile, las raíces de la victoria de Salvador Allende, así como al oscurantismo que le sucedió con la dictadura de Augusto Pinochet.

Su papelería, que reúne centenares de documentos —diarios de vida, reflexiones teológicas y eclesiales, discursos, artículos políticos, cartas, entre otros—, forma parte de un archivo cuyo inventario, clasificación y digitalización está en curso.

En esta oportunidad damos a conocer un documento inédito, correspondiente a un testimonio ofrecido a Moisés en Canadá en 1977. Aquel testimonio, registrado en tres cintas de casete, abarca aspectos autobiográficos, los interrogatorios y tormentos sufridos en varios centros de reclusión, además de apreciaciones con respecto al cristianismo y el marxismo, al proletariado chileno, Salvador Allende y la experiencia de la Unidad Popular y, ante todo, los crímenes de lesa humanidad cometidos por la dictadura. A continuación, compartimos un breve fragmento del registro.

## **Presentación**

Mi historia personal es insignificante, mi sufrimiento no es nada comparado al de miles de compatriotas, hermanos, compañeros. Por eso, aunque me molesta profundamente tener que hablar en primera persona, hacerlo sobre mí, me he decidido realizarlo. No tiene ni tendrá más valor que ser el de un testimonio, el de una vida, el de una vivencia personal.

Para los que en unos años más escriban la historia de la trágica realidad chilena hoy sangrante, en ese Chile hoy sangrante, humillado, en que no hay más ley que la impuesta por la fuerza de las armas, y que no me conocerán, me presento: mi nombre es Rafael Maroto, soy sacerdote, tengo ahora sesenta y cuatro años de edad.

Nací en un hogar católico, bastante religioso, tradicional. Mi padre, que en su niñez y juventud supo de la comodidad que brinda una considerable riqueza, sufrió al poco tiempo de casado un revés de fortuna y no preparado profesionalmente ingresó a la administración pública.

Nuestra niñez y juventud, mía y de mis hermanos, fue pobre en bienes materiales, pero muy rica en el ejemplo de gran entereza de nuestros padres, en el gran amor que a ellos los unió siempre y que les brindaron

a sus hijos. Por último, en el ejemplo de trabajo que ambos nos dieron. Ese es uno de los grandes bagajes que tengo en mi vida.

Voy a comenzar el relato de ese acontecimiento en mi vida, pero para que sea más fácil y no tan monótono, más vívido también, vamos a conversar, a dialogar con un amigo, él me interrumpirá en cualquier momento haciendo preguntas respecto a ese hecho.

## **Hechos de Malloco<sup>2</sup>**

Ese año 1975 se produjo un hecho en la segunda quincena de octubre: las fuerzas de la policía secreta militar, de la DINA [Dirección de Inteligencia Nacional], que habían detectado una parcela entre Padre Hurtado y Malloco, en la cual tenía un centro de [inaudible]... Y en un día determinado —esto sin duda alguna se había infiltrado— lo habían logrado descubrir de forma muy clara; había una reunión ahí, en la cual estaban las cabezas más importantes de ese movimiento [MIR]. Llegaron en gran cantidad fuerzas militares, policiales y carabineros, para apresarlos, y desde el primer momento, naturalmente, en son de guerra. Los que estaban ahí pudieron, de alguna manera, defenderse un poco con armas; y algunos lograron escapar, entre ellos esta persona a quien yo atendí.<sup>3</sup> No le pregunté si había estado o no en Malloco, ni si pertenecía o no al MIR; pero sí me percaté con total seguridad de que había estado en Malloco y que venía huyendo. Esto me hizo comprender la gravedad de su situación; lo digo para que se entienda mejor la razón por la cual lo hice. Si me hubiera negado, representaba entregarlo a la detención y a la muerte. Este era el contexto histórico.

Mientras tanto, se había dictado un decreto ley, hacía dos o tres meses, en el que se señalaban como delitos ciertas actividades y el auxilio que se pudiera prestar a personas que habían estado implicadas en dichas actividades. Es decir, la acción realizada por algunos de nosotros al

auxiliar a personas del MIR que habían estado en Malloco era un delito, según ese decreto ley. Este era el panorama de la situación.

Ahora, como poniendo en este esqueleto un poco de carne para hacer ver mejor la situación, ¿qué era lo que sucedía en el fondo? Desde el primer momento la Junta Militar declaró la guerra a muerte al marxismo-leninismo, y como consecuencia a toda la izquierda y a la clase obrera. Esta es la verdad.

En esta declaración de guerra a muerte se dijo que había que exterminar —es un término textualmente usado por Pinochet y algunos otros miembros de la Junta— el marxismo-leninismo. Esto era como el norte de la actividad de la Junta en toda esta acción persecutoria. Se perseguía por ideas y a las ideas.

Ellos se habían definido como defensores de la cultura occidental y cristiana, y se sintieron como los mesías y los doctores que tenían que mantener la ortodoxia cristiana. Por lo tanto, cualquier cura que pudiera ayudar, por el hecho de hacerlo, ya tenía que ser marxista, y como estaban por exterminar el marxismo y por defender la ortodoxia cristiana era un doble motivo para que ese cura cayera entre sus ojos. Lo digo esto nada más que en el sentido de poder configurar la realidad histórica que en ese momento se vivía.

Llevábamos dos años de la caída del Gobierno popular y el establecimiento de la dictadura. Dos años de persecución sin volver atrás ni un paso, sin ceder ni un milímetro, y naturalmente del hecho de ese enfrentamiento en el que los que estaban ahí se defendieron, y defendían sus vidas —de eso hay que darse cuenta claramente, ya que cuando ellos se defendieron con las armas, cuando ellos salieron de ahí, estaban defendiendo sus vidas, no habría ninguno vivo en este momento si no logran escapar. Estaban defendiendo sus vidas. Este

enfrentamiento se señaló como resistencia de grupos extremistas, de resistencia armada, etcétera.

## **Detención y traslado a la Villa Grimaldi**

Mi detención se produjo el 2 de noviembre de 1975, entre las siete y ocho de la tarde. Estaba en mi casa en la población El Montijo cuando escuché, desde mi aposento, donde estaba escribiendo, que preguntaban por mí. Y uno de los jóvenes que vivía conmigo, y que se encontraba en ese momento regando al lado afuera de la casa, entró a mi dormitorio y me dijo: «Rafael, preguntan por ti a nombre del padre Mariano Puga». Todo me fue extraño. Desde el primer instante, antes de ver físicamente a las personas, comprendí que se trataba de algo especial, pensé que había llegado el momento de la detención.

Salí hasta la puerta y lo primero que vi fue a un personaje alto con una manta cubierta —por debajo de la manta me pareció que llevaba un arma—, y a otros dos personajes que estaban en la acera, uno a un lado y el otro dándome la espalda propiamente. Salí hasta afuera, a la vereda, y me dijo que fuéramos al auto que estaba detenido ahí —también me había extrañado con chofer preparado—, porque teníamos que conversar. Le manifesté que si quería conversar que lo hiciéramos ahí donde estábamos, que no tenía inconveniente alguno de recibir en mi casa a cualquier persona que quisiera conversar. Él me insistió que esto tenía que ser en el auto. De forma firme, decidida, le dije que no, sino que ahí, y le agregué: «Si quiere detenerme muéstreme una orden, sin orden de detención a mí nadie me saca de aquí. Además, quiero que se identifique». Entonces, el que hacía de jefe, el de la manta, tomó como esos carnets así con varias hojas e hizo un movimiento en el cual no vi absolutamente nada, pero se consideró suficientemente identificado e hizo que otro de ellos hiciera el mismo gesto: de tirar así y cerrar de inmediato el porta carnets. Me insistió que fuéramos al auto, y yo insistí que no, que ahí era. Y esas otras dos

personas, que ya se habían colocado cada una a mi izquierda y derecha, me tomaron firmemente de los brazos. Yo en el primer momento puse los pies hacia adelante, como pretendiendo resistir, pero me di cuenta que iba a hacer el ridículo, era y soy flaco, chico y por consiguiente ¿qué resistencia podía poner? Ninguna.

Sin hacer mayor resistencia fui llevado fuertemente de los brazos hasta el automóvil. Al llegar ahí me tomaron las manos y me las amarraron por detrás a la espalda y me dijeron que entrara al auto, a la vez que me empujaron a hacerlo. Allí sentado vi que de la casa de uno de los vecinos miraban, yo estaba solo en el automóvil, entonces me eché hacia adelante y traté con esfuerzo de levantar las manos por la espalda para que percibieran que yo estaba maniatado, de tal manera de que no quedara la menor duda de que se estaba cometiendo en ese momento un acto de aprehensión de una persona. Pude percibir que en la esquina se habían juntado algunas personas que eran testigos de [la detención]. Entretanto, el que hacía de jefe entró a la casa y luego salió.

Se subieron los otros tres en el automóvil, yo colocado al medio, me hicieron que más que sentado fuera echado hacia adelante... lo comprendí desde el primer momento, de manera que la gente al pasar el auto por la calle no viera que iba una persona en esas condiciones, que no se alcanzara a ver a través de las ventanillas del automóvil. Y a unas dos cuadras me pusieron la venda en los ojos —no lo hicieron desde el primer momento, yo creo que eso fue para no producir mayor alarma en la población y simular lo más posible el hecho de una detención.

Me pusieron la venda y desde el primer instante comenzaron a interrogarme de manera dura en las palabras, dolorosa en la forma despectiva en la que me trataban; yo no era un ser humano para ellos,

yo tuve la sensación desde el primer instante de que sentían que estaban tratando con un animal semisalvaje o con un insecto al cual lo único que había era que hacerlo desaparecer, aniquilarlo como ser humano.

[...] Así siguió el viaje, no recuerdo todos los detalles, pero en este tono más o menos de conversación. Luego me registraron los bolsillos, me sacaron todo lo que llevaba en ellos, y al subir al automóvil el que hacía de jefe dijo: «Camino a la costa». Momento en el que pensé: «Me llevarán a Ritoque».<sup>4</sup> Pero el auto iba muy rápido, ya era una hora en día festivo, que no había gran movimiento de tráfico en Santiago, por consiguiente, el auto podía ir a una velocidad mayor que la corriente, muy rápidamente. Se detuvo tres o cuatro veces en el camino, y a pesar de que iba encorvado sobre el asiento hacia adelante cada vez que el auto se detenía mi impresión fue que frente a las luces de Santiago —había luz roja y se detenía— venía el empujón tirándome hacia delante, de tal manera de que desapareciera totalmente de la vista de las personas que pudieran estar en las esquinas esperando movilización o conversando, de que pudieran ver lo que sucedía dentro del auto. Al rato, muy rápidamente, llegamos a un lugar.

Al bajar, maniatado y vendado, respiré lo más profundamente posible para ver si se trataba de un aire marino o no. Y llegué al convencimiento de que estaba muy cerca de la Cordillera, pues el aire era muy seco y había un frío penetrante; era un frío seco, no húmedo, no había ahí ningún olor a mar, no se daba cuenta uno de ninguna manera de que estuviera cerca del mar que es tan característico, de tal modo de que estaba convencido de estar cerca de la Cordillera. ¿En qué lugar? No sabía a qué lugar me llevaban. Me hicieron caminar sujeto del brazo de uno que hacía un poco de guía. Ya uno termina por acostumbrarse un poco a la venda y mirando hacia abajo me daba cuenta un poco del piso, echaba la cabeza para atrás y podía ver

algunos pasos más adelante el suelo. Así pasamos, giramos en un sentido, caminamos un corredor y me metieron a un lugar que era como una pieza.

### **Primer interrogatorio-Villa Grimaldi<sup>5</sup>**

Ahí de pie, manos amarradas, la vista vendada, continuó el interrogatorio en los mismos términos, en la misma forma anterior, preguntándome por personas determinadas. Entre esas personas por las cuales me preguntaron —la pregunta era si las conocía— apareció el nombre de tres sacerdotes. Frente a eso dije que en realidad los conocía. Me dijeron que cuándo había estado con ellos por última vez y les dije que hacía mucho tiempo, hacía bastante tiempo que no estaba con ellos. En estos casos respondía a la realidad exacta. En otro de los casos, en uno de ellos, no respondí a la realidad; pero yo no estaba dispuesto a decir lo que realmente era, porque considero que no tenían ningún derecho a obtener la información de esa forma.

En ese momento, estando de pie frente a la serie de interrogaciones, siempre con un [mal] trato, insisto en esto porque creo que es el testimonio de todos o la gran mayoría de los detenidos, frente a ellos uno es el criminal más grande que puede haber, es el hombre más perverso al cual hay que hacer desaparecer, el cual no merece otra cosa que la tortura —en la que son especialistas— y la muerte. No es trato de ninguna manera humano, uno no se siente considerado hombre por ellos; se siente considerado un criminal, menos que un animal, porque a un perro no se le trata así, a los animales que nos rodean no se les trata de la manera en que uno es tratado, eso lo hace sentirse profundamente insignificante, da la sensación más grande de total abandono y soledad en la que uno pueda encontrarse. A mí eso me llevó a comprender que no tenía otro apoyo que el que me brindaba la fe; me sentí más cerca del Señor y tal vez lo estuve más que en todo el resto de mi vida. Me sentí muy cerca de él, sentí como que recibía una fuerza especial.

Siguió el trato, el interrogatorio en esta misma forma, con algunos golpes, no en exceso —quiero ser fiel a la verdad en absoluto—, pero sí algunos golpes como cachetadas en la cara, golpes en la espalda, en los riñones, uno de ellos me fue muy doloroso y me bañé en un sudor frío al recibirlo. En un momento determinado les dije: «Sigán pegando, pueden pegar todo lo que quieran, es muy valiente pegarle a un hombre viejo atado de manos y vendada la vista; si eso es para ustedes demostración de valentía, sigan pegando». No sé qué efecto produjo en ellos, lo que constato es que después de eso los golpes no continuaron, pero sí las amenazas.

Recuerdo que en un momento determinado el que estaba [de jefe], que no sé si era el mismo que me había llevado, me dijo que no se había topado nunca con un tipo tan cínico, tan sinvergüenza, tan cínico para mentir, para decir lo que no era cierto, para callar y para decir: «No, no lo conozco, no sé, no tengo idea. Nunca me he encontrado con un tipo tan cínico para esto». Esto lo tenía bastante enfurecido: «¡Y todavía se ríe!». Yo me sonreí, creo que un poco por los nervios ya que no fue de pura entereza que me sonreí. Y a este le produjo una gran indignación y fue la última cachetada que recibí en ese momento.

Más adelante, le dije: «Quiero un baño, para poder pasar al baño». Entonces dijo: «Sí, ahí hay... llévalo». Pero al mismo tiempo me trató muy groseramente, me dijo que no le fuera a dejar infectado el baño con mis... ya cualquiera se da cuenta. Esto me produjo bastante indignación, volví sobre mis pasos y le dije:

Usted me ha insultado como ha querido, usted ha hecho conmigo lo que se le ha ocurrido, yo lo he aceptado todo; lo que yo no le acepto por ningún motivo, y se lo digo aquí francamente, es que usted ponga en duda mi integridad sacerdotal. A Dios gracias he sabido mantenerlo, y eso no se lo

acepto, de ninguna manera yo puedo dejar pasar sin protestar —no puedo hacer otra cosa—la grosería suya en este momento.

Pasé al baño, volví y continuó el interrogatorio.

[...] Yo quisiera [decir] que en ese momento tomé una determinación, la pensé y resolví actuar de una manera determinada, precisa; puede haber sido errónea, pero fue fruto de un pensamiento. Me dije a mí mismo:

En lo que a ti se refiere, a tu responsabilidad, a tu acción, a lo que tú has hecho, yo no voy a disimular, yo voy a decir lo que yo he hecho, el compromiso que yo pueda tener lo voy a declarar en forma bien clara y precisa. En lo que se refiera a otras personas yo no voy, por ningún motivo, a hacer ninguna declaración, no voy a nombrar a nadie, no voy a dar ninguna luz que pueda significar el que otras personas caigan por mi culpa.

Esperé en el Señor que me ayudara a eso. Esto fue en un momento en que el interrogador me amenazó textualmente: «Ya te vamos a echar a la parrilla y vamos a ver si hablas o no hablas cura tal por cual; engendro de cura, itú no puedes ser cura, tú eres un bandido y nada más!». En ese instante, ante el temor de la corriente eléctrica, yo solo tuve un pensamiento, repetí lo que antes había pensado y ya había pedido: «Señor, primero la muerte que la delación. Si no soy capaz de resistir permíteme morir». Porque no quería ser instrumento para delación de nadie. Esa fue como una determinación.

Ahí me hicieron firmar una declaración y, en lo que a mí se refiere, dije con toda exactitud lo que pensaba, lo que sentía, lo que tenía a mi juicio que decir. Después me han dicho que eso fue un error; es posible que políticamente fuera un error, pero quise ser sincero conmigo mismo en lo que a mí se refería y no disimular la verdad, porque me parecía que era cobardía, y decir las cosas tal cuales eran, cualquiera fuera la consecuencia que ello representara para mí.

## Interrogatorio-Cuatro Álamos

Siguió el interrogatorio después de preguntarme por la persona. Ahí me dijeron algunas [cosas] que en realidad me llamaron profundamente la atención en el primer momento. Me vincularon directamente al MIR, por el hecho de haber ayudado a esta persona. Y, es más, me dijeron que yo estaba en condiciones de ponerme en contacto muy arriba con la jerarquía del MIR; yo les dije que no sabía de dónde habían podido sacar eso. Negué total y absolutamente esa vinculación con el MIR.

Me dijo: «Es que hay declaraciones que lo manifiestan así, hay declaraciones que señalan esto». Yo no sabía cuáles podían ser. Pensé en ese momento qué podía este joven haber dicho —no importa por qué. Yo a él no lo conocía hasta el momento en que lo ayudé, pero el hecho es que esto pasó y yo insistí en que no había ninguna vinculación. Se agarraron mucho del asunto del medallón; y ahí me hizo comprender del error de tener este medallón en el bolsillo.<sup>6</sup> Y volvió a repetir la misma historia y volvió él a dudar y me dijo: «Padre, nadie le puede creer a usted esa versión que hace».

Pero, señor fiscal —le dije— ¿sinceramente nunca usted se ha encontrado nada en la calle?, ¿nunca nada le ha llamado la atención?, ¿usted no sabe de nadie que haya encontrado algo en la calle botado? Esta fueron las circunstancias y no otras, ¿qué quiere que le diga?, ¿usted quiere que le invente o que le diga los hechos cómo sucedieron? Los hechos tal como sucedieron, yo lo encontré botado en la calle y de ahí no me sacan.

Después me dijo: «Pero usted no lo llevó directamente a él [Martín Hernández] al lugar en que lo encontraron». «¿Cómo —le dije— que no lo llevé directamente ahí? Ahí fue». «No —me dijo—, no mienta, padre, usted lo fue a dejar en una casa de la avenida tal». Entonces me sentí bastante estupefacto y comprendí que él había hablado, porque no podía ser de otra

manera. Y frente a eso no me quedó más remedio que reconocer, y le dije: «Sí, es cierto, lo llevé a esa casa que usted dice». «¿Y por qué lo llevó ahí?».

Mire —le dije—, le voy a decir la verdad, me parecía urgente la situación de este joven, urgentísima; entonces comencé a pensar dónde podía llevarlo, a qué parte, a quién le podía pedir que me hiciera el favor de atenderlo y me acordé de esta familia, porque a ella la conozco desde hace muchos años, fue alumna mía en La Maisonnette y allí entablamos una amistad muy grande. Ella me dijo, y lo ha dicho en muchas ocasiones y por eso lo repito para que usted comprenda: «Mire, padre, yo encontré la fe a través suyo, fue usted el que me hizo realmente encontrar la fe». Y hoy, señor fiscal, es una mujer profundamente cristiana. Yo abusé de esa amistad, de ese afecto tan grande que ella tiene por el que fue su maestro; abusé de eso, me acordé de ella y la llamé por teléfono y le dije textualmente: «Mira, ¿tú me recibirías a mi amigo en tu casa si estoy en un apuro grande?». Y ella me respondió: «Mi casa siempre estará abierta para usted, cualquiera sea la circunstancia». «Gracias —le dije—, tengo un íntimo amigo que está en esa circunstancia, ¿lo puedo llevar a tu casa?». Y ella me dijo: «Si usted me lo pide como para usted mismo, sí, tráigalo». Y partí con él para allá. No tuvo más vinculación ella que eso, absolutamente; y no tenía ningún compromiso con él, nada que ver. Accedió exclusivamente ante la petición mía, petición que hice no tomándole el peso suficientemente en ese momento, abusando del afecto de ella y, digamos, de la admiración que ella tenía por mí.

Él me insistió y después de un momento me dijo en forma bastante fuerte, dura: «¿Y no se da cuenta usted que abusó de la amistad de esta niña?».

Sí me doy cuenta y ya se lo he dicho, abusé de la amistad de ella. Durante la necesidad en que me encontraba recurrí a ella y ella me respondió afirmativamente. Ahora voy a decirle otra cosa: en esa casa estuvo brevísimo tiempo, una hora o poco más de una hora, y nada más, porque después ella, o mejor dicho su marido, dijo: «No podemos hacer esto, no podemos tenerlo, piensa que puede ser una persona que viene arrancando del asunto de Malloco, tenemos niños, es imposible». Le entró el gran temor a él —la mujer es más fuerte que el hombre— y [el joven] tuvo que salir de ahí, de tal manera de que esta es la verdad exacta.

«¿Y entonces qué pasó?» —me dijo. «Entonces —le dije yo— conocedor de esta situación no me quedó más que recurrir al lugar en que fue encontrado». «¿Usted?» —me dijo. Yo comprendí la intención de la pregunta y le contesté: «Sí, yo». «No es cierto, eso no es verdad, usted no lo llevó a allá». «Bueno, señor fiscal no me pregunté más, si no me cree lo que le estoy diciendo no me siga preguntando, ¿para qué me pregunta?». «Es que sé que está mintiendo, porque usted no lo llevó, fueron otras personas las que fueron a hablar».

Mire, señor fiscal, yo llegué a allá, fui a hablar con un sacerdote de esa parroquia, le pedí a él por favor, sin decirle más, que diera crédito a mi palabra y que me permitiera llevar a una persona que estaba en grave necesidad; lo urgí a eso, le pedí como favor y como una acción personal suya en amistad y que diera sin mayor averiguación crédito a que estaba en necesidad, y así se obtuvo el lugar para él. Y el sacerdote que intervino, que accedió, nada tenía que ver con eso ni nada supo de qué se trataba, nada más que yo le llevaba una persona. —Me dijo: «Hay información diferente, hay confesión distinta». «No sé qué confesión y qué información pueda ser, los hechos son así».

Él volvió a insistir, pero yo volví a repetir lo mismo.

Más adelante me di cuenta, en otros interrogatorios, que en realidad la relación más exacta de los hechos se había sabido. Desde luego, supe que esta niña, este matrimonio, que ambos habían tenido que pasar una noche entera de vigilia en la Comisaría o en Investigaciones; que habían sido interrogados después de esto. Por consiguiente, ella había dicho exactamente lo sucedido, cómo frente a esta actitud de su marido llamó a otra persona y entre ambos fueron a hablar y colocaron a este joven en esa casa, que eran los hechos exactos. Yo no quería vincular a nadie más y por eso sostuve hasta el final, y en todo momento, que era yo el que había hablado con el sacerdote, y que este sacerdote accedió a la urgencia de petición mía por amistad y sin saber de qué se trataba. Me parece que era lo único correcto que podía hacer

en ese momento, de ninguna manera no me arrepiento de haberlo hecho así.

## **Interrogatorio-Capuchinos**

Ya sabíamos de antemano que teníamos que ir a la Fiscalía. Se nos iba a comunicar el sobreseimiento en razón del desistimiento del Ministerio del Interior. Gerardo<sup>7</sup> y yo habíamos pedido un careo con la persona a quien yo había ayudado. Teníamos [sospechas], nos habían asistido ciertas dudas en todo esto; después estas dudas se habían disipado totalmente para mí, porque a través de mi abogado supe que este joven había sido muy duramente torturado.

En esa ocasión en que salimos para ir a la Fiscalía, tuve un careo con este joven. Cuando él llegó no pude reconocerlo, cuando conversé con él y lo ayudé era un muchacho con miedo lleno de vida; ese día era una persona flaca, con los ojos hundidos. Cuando me di cuenta que se trataba de él, después de mirarlo más, quedé tremendamente impresionado. Pude cruzar dos o tres palabras con él y me dijo: «Fue muy duro, muy duro, terriblemente duro». Yo ya lo sabía, a través del abogado. Entré primero, me llamó el fiscal e hizo una pregunta muy concreta: «¿Usted le dijo a esta persona que si él quería contacto con el MIR usted se los podía conseguir?» —más o menos en ese tono era la pregunta. «¿Y que usted estaba relacionado con *El Cura*?». «No —le dije—, ya le he dicho muchas veces que jamás he dicho eso, porque habría sido una farsa. Tendré muchos defectos, pero nunca he tratado de aparentar lo que no soy». Me dijo: «Aquí está la declaración de él». Tomaron la declaración, la leyeron, y decía que yo le había manifestado todo eso. Dije que podía ser un malentendido. Después lo hicieron entrar a él —aquí lo más importante es él. Cuando ese joven entró el fiscal lo saludó y le dijo: «Hombre, usted me ha hecho pasar uno de los sustos más grandes de mi vida, he llamado a la Asistencia Pública preguntando por usted y me han dicho que no hay posibilidades de salvarle la vida, que son mínimas las posibilidades de

salvarle la vida». ¿Por qué? Por las torturas, las torturas casi lo mataron. Esta es la verdad.

## **Persecución a la familia**

Antes de salir de Cuarto Álamos, un día en la tarde fui sacado nuevamente de la pieza y llevado a otro lugar para un interrogatorio. Llegué y había dos personas vestidas de civil, y lo primero que hicieron fue preguntarme por dos personas de la familia a la que le estoy tan íntimamente unido por el afecto y por una convivencia de muchos años. Me preguntaron por él y le dije que lo conocía, me parecía ridículo negarlo; me preguntaron por una de las hijas, la mayor, que es ahijada mía de bautismo, y también le dije que la conocía. Y me mostraron entonces dos fotografías: una de *Tito* y otra de Ximena. El ver esas dos fotografías me significó mucho dolor, en realidad tuve que hacer un esfuerzo muy grande para sobreponerme en ese instante.

Entonces comenzaron a interrogarme, pero sobre el asunto del departamento de las Torres de San Borja. Expliqué absolutamente lo que sabía sobre esto, y me preguntaron si yo había vivido allí: «Viví junto con ellos en ese departamento, después salieron porque consiguieron otro departamento, y están en otro lugar. Yo me quedé ahí, en las noches dormía ahí». Me preguntaron si yo había usado ese departamento para tener alguna reunión y dije: «Jamás he tenido ninguna reunión en ese departamento, nunca. Nunca han entrado otras personas para reunirse conmigo».

Toda esa relación sobre la propiedad de ese departamento quedó relatada por mí, y la transcribieron. En ese momento me pasaron la transcripción, la leí, era correcta, y la firmé. En esa declaración quedaba esbozada la nula participación, ni siquiera conocimiento, de esta familia respecto a mi ayuda a este joven, y que precisamente yo había guardado —no estaba viviendo con ellos— en el más absoluto

secreto, sin dar la más mínima idea a ellos de lo que había realizado, justo porque siempre pensé que esto me podía traer malas consecuencias y no quería involucrarlos, a ellos menos que a nadie, en ninguna cosa.

[...] Recuerdo algunas cosas de este primer interrogatorio. Primero, después de preguntarme el nombre, etcétera —esas cosas de oficio, naturales, que se producen—, se habló de *Tito*. Algo dijo él respecto al departamento al comienzo del interrogatorio. Entonces le dije lo que significaba esta familia para mí y le pregunté a él si sabía algo. Y me respondió: «Sí, padre». «¿Y qué hay?» —le dije. «Está detenido» —me respondió. Te das cuenta, *Moisés*, lo que significó eso para mí, tuve que cortar la relación. Estaba detenido. En ese momento no pude dominarme y lloré largamente, fue muy doloroso. El fiscal pidió que me llevaran un vaso de agua, me dijo: «Tranquilícese, desahóguese nomás, tranquilo». Se interrumpió el interrogatorio, me pasaron un vaso de agua, una taza de café, y no urgieron, sino que, al contrario, dieron tiempo para que pudiera volver a tranquilizarme después de ese desahogo. Estos son gestos humanos que realmente se graban para siempre en la memoria y en el corazón de uno. Yo se lo agradezco mucho.

## La Unidad Popular

El candidato triunfante, ya presidente de la República, Salvador Allende, había hablado de «la vía pacífica» hacia el socialismo o de «la vía chilena» hacia el socialismo. Había expresado, en unos términos muy simpáticos, muy populares, que era «con empanada y vino tinto». El triunfo de Allende el 4 de septiembre [de 1970] fue realmente de una euforia popular extraordinaria, yo salí a recorrer las calles de Santiago esa noche y aprecié la alegría, la esperanza de ese triunfo. Cuando una columna que venía desde la Estación pasó frente a la sede del Partido Demócrata Cristiano, la juventud de ese partido que estaba

ahí reunida —informó la prensa y fue cierto— se unió a esta columna para celebrar el triunfo de Salvador Allende.

Yo viví íntimamente esa noche esa alegría, ese entusiasmo popular, que expresaba una fe muy grande porque al fin se llegaba a un gobierno popular.

Llegó la toma de posesión, con un criterio político determinado y junto a ello vino la abdicación. Pero desde el primer momento, y esto creo que nadie puede negarlo, comenzó a haber una oposición fuerte [...].

[...] En las elecciones de regidores, al año siguiente del triunfo de Allende, la Unidad Popular fue la primera fuerza electoral, obtuvo la mayoría de los votos. Pero fue una mayoría más o menos débil frente a toda la oposición, no fue una mayoría muy clara y definida, creo que fue entre 51% y 53% de la votación.

El año 1973 debía haber una elección parlamentaria, y en esta oportunidad se deslindaban las dos fuerzas claramente: si bien nacionales y demócratacristianos aparecían como fuerzas distintas, estuvieron unidas en una misma lista, en una confederación que hicieron; y la Unidad Popular por su parte. Esta última no obtuvo la mayoría absoluta en esa oportunidad, pero siguió manteniéndose como la primera fuerza electoral.

Antes de eso se produjo un hecho que creo que fue muy importante, fue el paro patronal, que comenzó por los camioneros, de octubre del año 1972. El enfrentamiento de clases en ese paro fue muy claro, muy preciso: fue toda la burguesía que estaba, promovió y estuvo apoyándolo; y, por otro lado, toda la clase que respondió, unánimemente y con entusiasmo, trasladándose a sus lugares de trabajo para impedir que la producción disminuyera o que se quebrara

la producción... sin medidas de movilización, caminando enormes distancias para poder llegar hasta sus lugares de trabajo. Fue algo realmente impresionante.

La otra lección que deja este hecho del Paro de Octubre es que la respuesta de la juventud fue muy grande en favor de la Unidad Popular. Se trasladaban en camiones niños, niñas y jóvenes. Trabajaban acarreando sacos, por ejemplo, para paliar los efectos de este paro patronal; fue extraordinario.

Quizás sí fue el momento en el que la estrategia se debía haber cambiado. Pero no podemos juzgar después de los hechos: idespués de la batalla todos somos generales vencedores! Yo lo creía entonces así, que ya la estrategia de «la vía chilena», de «la vía pacífica», había hecho crisis, y debió haber comenzado a prepararse aún para el posible enfrentamiento. Esto trajo también un corrimiento y radicalización dentro de la oficialidad del Ejército hacia la derecha, fenómeno que no era de extrañar. Aquel se había mantenido entre 1970 y 1971 más o menos fiel a su misión de resguardar el Gobierno legítimo y la defensa del país. Creo que en ese se produce un cambio y se radicaliza hacia la derecha la oficialidad de las Fuerzas Armadas.

Todo esto va configurando los acontecimientos posteriores, en que ya se manifiesta muy claramente la línea de estar dispuestos a ir al golpe militar. Todo el sector burgués estaba en esa línea y el Partido Demócrata Cristiano igual —no podía ser de otra forma. Ya en 1973 se veía venir, y cada día como más próximo, el quebrantamiento del orden constitucional —para usar los términos de la democracia formal— y un golpe militar, que era el que iba a quebrar ese orden. Esto parecía tan claro, tan evidente.

Recuerdo que en agosto de ese año 1973 iba a ir por el mes a una experiencia en el norte de Chile. Me costó mucho decidirme al viaje,

que al fin lo hice —fue muy valiosa la experiencia que tuve—, precisamente porque no quería estar lejos de Santiago, porque uno veía venir la sombra, de un fantasma muy real, que comenzaba a cubrirlo todo. Uno veía que avanzaba, entonces no quería estar sino donde me correspondía, que era en Santiago.

## **El 11 de septiembre de 1973**

El 11 de septiembre, a primeras horas de la mañana, comienza la radio a transmitir las noticias y uno se va dando cuenta desde el primer momento que el golpe ya no es «el Tanquetazo», sino algo muy serio. Se sabe inmediatamente que se han cortado las comunicaciones totalmente con algunas ciudades vecinas como Valparaíso; nadie sabe lo que allí está sucediendo, pero es muy fuerte. Luego por radio escuchamos la voz del presidente, ya es una despedida que él hace; y viene el dominio rápido de las ciudades, me refiero a Santiago, donde yo estaba. He sabido después que también fue muy rápido en Concepción, que fue rapidísimo en Valparaíso, igualmente en Antofagasta. Es decir, en los centros más importantes del país; en la ciudad de Temuco, etcétera. La imposición, la rapidez con que actuaron ya daba como cosa indudable el triunfo.

Por radio escuchamos el ultimátum a La Moneda, donde estaba Salvador Allende —se había trasladado temprano al Palacio—. Era lo que correspondía con su personalidad: estar en La Moneda hasta el último momento. Y se sabía de este ultimátum, y se postergaba como si no fuera a llegar el bombardeo a La Moneda. Así fue como se produjo ese bombardeo. Dada la ubicación de la casa en que vivía pude apreciar muy bien la atrocidad de todo aquello y desde el primer momento tuve la impresión clara de que el presidente había muerto en el bombardeo. Al día siguiente fue comunicada la muerte de Salvador Allende. A todos nos impactó muy fuerte, a pesar de la certeza a que habíamos llegado de que no estaba vivo. Comenzó entonces este régimen militar, de la

dictadura militar fascista —no peleemos por palabras, por términos— implantada en Chile.

Esta dictadura se caracterizó desde el primer momento por la terrible de persecución. Me tocó atender a numerosos extranjeros; rápidamente se formó un comité protagonizado por las Naciones Unidas en ayuda de los extranjeros, llamado Comité Número 1, en el cual se prestó auxilio a numerosos extranjeros ya que la persecución contra ellos fue muy fuerte: principalmente brasileros y uruguayos, y también bolivianos. Se trató y se ayudó a la gente en ese sentido, pero al mismo tiempo, y de inmediato, comenzó la persecución a los políticos chilenos por razones ideológicas.

Desde el primer instante se estableció que se terminaban los partidos políticos —todos los partidos políticos marxistas se terminaban y se suspendían las actividades de los otros partidos, vale decir la Democracia Cristiana, el Nacional y los radicales de derecha.

Vino una horrible persecución y se comenzó a saber y a comprobar acerca de las torturas que sufrían las personas que caían presas. Se supo de casos muy concretos, muy precisos. La idea era «descabezar» los movimientos marxistas, de clase, obrero, toda la esperanza que se había puesto en esa ascensión del pueblo al poder, y que pese a todos los defectos y los errores que se pudiera haber cometido el pueblo lo sintió como su gobierno. Con el paso del tiempo todo esto se fue haciendo en forma más científica, menos bruta, mucho más sofisticada y, por consiguiente, más cruel.

## **Significado de la Unidad Popular y profundidad del golpe de Estado**

Llegamos al año 1970 y creo que había una no diría óptima pero sí bastante avanzada conciencia de clase, conciencia política; que

políticamente la clase se sintió interpretada a través de los grupos que configuraron la Unidad Popular, y el triunfo del candidato significó realmente el triunfo del pueblo en este sentido. Juzgo, a través de todos los contactos, de todo lo que trata uno de ver y analizar, [que] realmente durante los tres años del gobierno de Allende, pese a los errores, a la restricción de un proceso —vuelvo a decir que es fácil juzgar a otros—, es indudable que el pueblo sintió el Gobierno popular como su gobierno.

«Un Gobierno de mierda, pero es mi Gobierno», lo digo porque creo que expresa el sentimiento general del pueblo. Por eso el golpe del 11 de septiembre hizo sentir al pueblo entero que era contra él, que él era la gran víctima. Aun desde el momento mismo, y antes de que se conociera totalmente la persecución que se desató, el pueblo sintió que aquello de lo que había gozado lo perdía.

Por otra parte, es indudable que se logró avanzar en una redistribución de la riqueza, y con cierta aceleración, porque uno ve que el pueblo pudo adquirir bienes materiales de los que antes no gozaba. Tal vez comenzó algo antes, en tiempos del gobierno de Frei —quiero ser muy justo en esto—, pero es indudable que lo logrado en este sentido durante el gobierno de la Unidad Popular fue realmente significativo: que televisor, que amoblado, que *frigider*; algunos —y no muy pocos— [accedieron a ello]; en fin, mejoras en el hogar. Esto lo vi, lo viví en la casa de uno de ellos, que se respiraba otro ambiente material. A consecuencia de esto había una mayor alegría, tranquilidad, más «sentido hogareño». Esto lo ha perdido el pueblo, lo ha tenido que ir vendiendo. Pudo haberse avanzado más, pero no quiero hacer juicios, la realidad es esa: el pueblo sintió suyo ese gobierno.

El pueblo fue comprobando —si del primer momento no tuvo conciencia plena— que el golpe era un retroceso no ya al período anterior a la Unidad Popular, sino anterior al año 1938 y aún más al año 1925.

Desde ese año el movimiento sindical pudo crecer. Hoy día [está] sin ninguna libertad para elegir a sus dirigentes, sin ninguna posibilidad de ser oído, salvo en las cositas más o menos graves pero pequeñas de tal problema frente a un patrón, por las libretas o por cosas de ese tipo, pero como expresión de un movimiento está absolutamente callado. Esto el pueblo lo siente, es bien consciente de ello, pero no puede expresarlo públicamente, son muy pocas las expresiones públicas que puede hacer el pueblo, pero aprovecha las coyunturas que se lo permiten. Los Primeros de Mayo en la Catedral, por ejemplo, el pueblo ha sabido interpretarlos como oportunidades de expresar de alguna manera su disconformidad, su actitud abiertamente contraria a la dictadura.

En resumen, de un pueblo que había ido ascendiendo en la conciencia de clases y le había [sido] permitido avanzar hacia una asunción del poder, que logró entre los años 1970 y 1973, el 11 de septiembre lo quiebra de forma abrupta; el pueblo cae a un abismo, es como un acantilado que se quiebra, se rompe y llega hasta ahí. Creo que esto es una dolorosa realidad, pero el pueblo tiene conciencia, no está despedazado; estará mellado, atemorizado, no podrá expresarse, pero no está quebrado, porque tiene en sí la fuerza para revivir, para reestablecerse. No será breve, ni fácil, pero el camino está abierto y tiene conciencia y creo que voluntad de hacer, de cambiar de nuevo la situación.

### **¿Pinochet cristiano?**

Yo te diría que nunca nosotros podemos entrar en el fondo de la conciencia de cada hombre, yo estoy de eso profundamente convencido, así que no entro a juzgar porque no tenemos ningún título los hombres para juzgar la conciencia de los otros.

El fondo de la conciencia de Pinochet, como tú dijiste muy bien, es la de un «dictador de turno» —iy qué dictador! Sus declaraciones de ser

cristiano, su asistencia a actos religiosos, su decir en cualquier momento y a toda hora y con cualquier oportunidad que son los defensores de la civilización occidental y cristiana no significa serlo. No puede un hombre que es responsable de la DINA —él es la cabeza máxima, a él responde y él es el único con autoridad sobre ella— ser cristiano y perseguir no ya a los sacerdotes, a los hombres, cualquiera que sea su ideología, en la forma en que en Chile se ha perseguido a los que no piensan como ellos, a los que no están dispuestos a acatar como ovejitas mansas los dictados que ellos establecen. Por consiguiente, no puedo entender que un cristiano se preste y sea actor, y actor principal, en una persecución como en la que en Chile hemos tenidos desde el 11 de septiembre. Para mí eso es absolutamente inconcebible.

Este decir que es cristiano, este asistir a actos religiosos, puede responder a un sentimiento religioso de su personalidad, pero que no significa cristianismo, porque este no es cumplimiento de acciones religiosas; el cristianismo se vive en cada momento de la vida, en cada instante, no solamente en actos religiosos. Y digo más, no son lo más importante los actos religiosos en la vida del cristiano. Sin entrar en el problema de su conciencia —vuelvo a insistir en eso—, puede que crea que esto es ser cristiano, pero me resulta muy difícil poder entender en un cristiano una actitud así.

Este decirse defensores de la civilización occidental y cristiana es expresión simplemente de la ideología burguesa, de dominación, de la ideología imperante hoy en la mayor parte del mundo. No tiene para mí otro valor que ese. ¿Qué entienden por civilización occidental y cristiana? Están entendiendo la dominación de un grupo sobre otro, están entendiendo el que naturalmente tiene que haber estas diferencias entre los hombres, y unos trabajar y producir la riqueza y otros aprovecharse de ese trabajo porque han invertido una cierta

cantidad de dinero en la empresa y nada más, y son los que se aprovechan de todo.

## **Pueblo chileno y marxismo**

En primer lugar, yo creo que el pueblo chileno, doctrinariamente, intelectualmente, no tiene mucho conocimiento de la filosofía o del planteamiento ideológico del marxismo-leninismo, pero lo encontró a través del movimiento popular y de los partidos marxistas como la expresión de algo que está muy dentro del pueblo mismo.

Me explico un poco más: puede ser que si tú me dices «hagamos un análisis ideológico del pueblo chileno, ¿ideológicamente el pueblo chileno es marxista-leninista?», yo te diga: «no tiene conocimientos del marxismo-leninismo, pero se siente interpretado porque hay un marxismo que está en la conciencia, en el sentimiento del pueblo chileno».

Creo que clarificó el marxismo, y de los ideólogos marxistas en Chile, el asunto de la clase y de la lucha de clases. Pero la clase no la recibió el pueblo a través de recibir el marxismo, la clase la vivió y la vive el pueblo. Y la viven aquellos del pueblo que no tienen idea de marxismo, [pero] sienten; esta es una realidad profunda del pueblo. Y entonces, a través de este movimiento popular, el pueblo intuyó, comprendió, que el marxismo respondía a su expresión más íntima, a su expresión más profunda, a sus anhelos más sentidos, a su ser propiamente tal. Y por eso se expresó y apoyó este movimiento popular que dirigían, indudablemente, partidos marxistas-leninistas.

## **Justicia de clase, ley positiva y ley de la conciencia**

Al decir es una «justicia de clase», yo te digo que uno de los instrumentos en que esta clase establece su dominación sobre otra, subyuga a otra clase, a otro grupo social, uno de los instrumentos que usa es justamente este que tan fácilmente llamamos justicia. Esto de las leyes que se establecen en un momento determinado, que señalan

delitos, y que establecen tribunales para que juzguen a los que contradicen esas leyes en un instante con una acción suya, a los que se salen de lo que la ley establece en un momento determinado. Y en ese instante había un decreto que decía que cualquier persona que ayudara a quien estaba buscado por la justicia cometía un delito. ¿Y por qué se era buscado por la justicia? Por la ideología que ellos tenían se los buscaba por la justicia, por la posición política que pudieran tener en un momento determinado. Por eso digo que eso era justicia de clase: es un instrumento en manos de una clase para imponer más su dominio sobre otra clase. Y esto para mí es justicia de clase.

[...]En primer lugar, para mí, antes que la ley escrita por los hombres, la ley positiva, existe una ley que está en nuestra conciencia, que se va perfeccionando a través que la humanidad y ha ido avanzando, indudablemente. Esa ley en el fondo podría sintetizarla, en una palabra: solidaridad con el que está en una necesidad. Es decir, más importante que el cumplimiento de una ley positiva, todavía para mí la ley positiva tiene valor solo si no se opone a la otra ley; si está en oposición a esa otra ley, esa ley positiva no tiene ningún valor. Entonces, de acuerdo a esa ley, que está en la conciencia, en la reacción natural que se produce en todos los hombres, ¡cuántos actos de solidaridad uno va descubriendo permanentemente!; yo podría citar millones de casos que en mi vida he podido palpar esa solidaridad, esa generosa entrega al otro frente al momento de necesidad, que para algunos es meter la mano al bolsillo y dar una limosna, pero que para otros significa más que eso: significa entregarse uno mismo, una entrega personal, una entrega más íntima, y muchas veces, aunque cueste eso o haya el peligro de la propia integridad de la persona, de la propia suerte futura de la persona.

Esta ley que está en la conciencia yo la siento muy fuerte, y la hace todavía más fuerte, da todavía más fuerza, más poder, impulsa más a

la obligación de cumplirla el ser cristiano. Es decir, el cristianismo le agrega una nueva urgencia y una nueva fuerza a esa ley; no la hace, no es propia de él, no es exclusiva, de ninguna manera. Pero en el que se dice cristiano, el que se cree cristiano, el que pretende ser cristiano, el que quiere ser cristiano, es decir, actuar conforme a ese Cristo que murió por amistad al hombre, esto es todavía más fuerte, esto es mucho más importante.

Creo que nunca podría quedarme tranquilo en conciencia si yo, frente a la gravísima necesidad que enfrentaba este joven en ese momento, me hubiera desentendido de él y egoístamente no hubiera prestado atención al caso. Por eso le dije al fiscal en ese momento, lo dije en Cuatro Álamos, lo sostuve igualmente en Villa Grimaldi, lo digo ahora, lo único que pido es ser capaz de volver a hacer ese acto solidario si las circunstancias se presenta de nuevo; porque al mismo tiempo soy consciente de que muchas veces somos débiles los hombres para cumplir ese deber, esa obligación, muchas veces somos egoístas y preferimos nuestra tranquilidad.

## **Reflexión final**

Agradezco primero que nada al Señor el haber podido pasar por esta experiencia, porque ha sido muy enriquecedora en mi vida; por esta experiencia que me ha permitido ser uno más dentro de los perseguidos por la dictadura. Esta experiencia en que tengo que reconocer [que] lo que pude haber sufrido física y espiritualmente durante los días de la detención —sobre todo en los primeros momentos en que uno se siente tan terriblemente humillado, como lo peor que existe como ser humano—, la agradezco precisamente por eso: porque me ha servido enormemente en mi vida. También para decirte que me ha afirmado alguna postura: hoy día tengo más tranquilidad, más seguridad que antes en la postura adoptada de ser un miembro más dentro del proletariado; liberarme de muchas cosas

burguesas que quedan en mi vida —tal vez nunca a mi edad me lograré liberar totalmente de ellas, pero avanzar hacia proletarizarme más, ser más totalmente proletario.

Y, por último, te diría que, con sencillez y plena sinceridad, no guardo rencor a los que en un momento fueron mis verdugos. Esto lo aprendí también en la cárcel; tal vez sin ese paso yo tendría un gran rencor.

Y la última palabra. Durante estos años se han vivido, y he vivido, momentos de una desesperanza muy grande, de ver que es tan lento todo que uno casi pierde la esperanza de la posibilidad de salir de todo esto. Pero es otra de las lecciones aprendidas ahí, y es que revive la esperanza. Creo que la causa de la justicia que representa la clase va a tener su amanecer luminoso y su día pleno. Tal vez no lo conozca, tal vez no lo alcance a ver aquí, pero esto va a venir y esto me da una gran esperanza como hombre, esperanza como cristiano, porque si es cierto que Cristo murió en la cruz también lo es —y más fuerte todavía— que resucitó.

## Notas

---

<sup>1</sup> Archivo personal de Rafael Maroto, en poder del autor.

<sup>2</sup> Operativo llevado a cabo por la policía secreta el 15 de octubre de 1975, en las afueras de Santiago de Chile, donde estaban reunidos los miembros de la dirección del MIR. En el enfrentamiento algunos de los miristas pudieron romper el cerco y cayó abatido el responsable militar de la organización, Dagoberto Pérez.

<sup>3</sup> La detención de Maroto fue por auxiliar y salvar la vida del mirista Martín Hernández, herido de bala en los «hechos de Malloco».

<sup>4</sup> Ubicado en la región de Valparaíso.

<sup>5</sup> Ubicado en la ciudad de Santiago de Chile, fue uno de los mayores centros de detención, tortura y exterminio de la dictadura. Actualmente es un espacio de memoria.

<sup>6</sup> Se refiere a un medallón que le regalara un preso político que decía: «Miguel: la resistencia popular triunfará. ¡Hasta la victoria siempre! 5-octubre 75».

<sup>7</sup> Se refiere al sacerdote Gerardo Wheelan, procesado por la misma causa.